

Políticas del POP

Juan Nicolás Donoso

Yo no me encuentro a mí mismo cuando más me busco.
Me encuentro por sorpresa cuando menos lo espero.

Michel de Montaigne
Los Ensayos

Báñese, deje de ser tan runcho y lo espero enfrente de la expo de Warhol, me dijo un man por teléfono. ¿Con quién hablo?, le pregunté todavía dormido. Con Mauricio, zángano. Pues tocó ir a Warhol. Y me salí de las cobijas como quitándome un muerto de encima. Me paré bajo el chorro de agua fría para despertar al cerebro que seguía enguayabado. Decidí no echarme champú porque si no, no me puedo hacer el peinado Eraser Head. Jabón sí tocó, con estropajo y todo. Me cepillé las muelas tratando de quitarme ese hedor a ron sin etiqueta. Calzoncillos; jeans de esos maquilados en Medellín; camiseta estampada con el logo de Dios sabe qué empresa y listo para darme un champú de arte contemporáneo.

En el trayecto lo mismo de siempre, un hijueputa loco tratando de arrollar peatones y de vez en cuando esquivando huecos pa no ir a joder la buseta. Me tocó una de esas donde se suben más indigentes y desplazados que pasajeros. Unos y otros con la misma jeta de vaciados; y yo, que además de pelado iba enguayabado y despechado. Pero eso sí, quién me manda a estudiar artes y enamorarme de esa malparida.

Veámonos en el Valdez ese que queda enfrente de la Luisa, me había dicho Mauricio. Déjeme por aquí, le dije al conductor dos cuabras antes pero igual me dejó dos después. La próxima me pego al timbre apenas me suba, agonía. Mauricio estaba sentado sorbiendo tinto y poniendo trompa de intelectual. Tenía un libro sobre el borde de la mesa. Así todo acomodadito boca arriba para que la gente y alguna que otra hembra pudiera ver la portada. *La verdad en Pintura* –Jacques Derrida– decía el título. Qué tal el patán este: ¿ahora va a montar la espantosa de posestructuralista? Si el animal no entiende ni los chistes de Condorito. Y qué, ¿cuántos palos nos van a arrancar por entrar a esta vuelta?, le pregunté. Qué va, si es como nos gusta: gratis.

Cuando llegamos me di cuenta de que efectivamente el problema no iba a ser de billete sino de gente. Había una fila como esas que muestran en los noticieros cuando los paracos se desmovilizan en gavilla. Lo único era que la gente estaba uniformada con camisetas de Warhol y el banano de los Velvet Underground.

–¿Y toda esta gente es que está desempleada o qué?

–O son *freelance* como nosotros, que es la misma mierda.

Sólo llevábamos unos diez minutos en la fila cuando me agarró semejante maluquera. Comenzó con ese sudor frío que le baja a uno por las costillas y se acumula en los gorditos de la cintura. Después una tembladera como de parkinson y al final una bocanada de vómito que alcancé a atajar inflando los cachetes. Me maluquié, me maluquié le dije a Mauricio y empecé a caminar hasta el comienzo de la fila pero por más que rogué el celador no me dejó entrar.

–Mire, se lo juro: yo entro, vomito y salgo –le dije todavía temblando y con ese sabor a vómito en la boca.

Agarré calle arriba ofreciendo plata por un baño en cuanta cafetería, pero con esa cara de yonquí que llevaba nadie me ofreció ni un orinal. Además, con Mauricio jodiendo detrás de mí. Que se semejante viaje y la madrugada y que era Warhol y al final perder el puesto sólo para acompañarme a vomitar.

–Es que no es sólo a vomitar, yo creo que hasta me voy a cagar.

Al final terminamos donde empezamos: en el Valdez. El man tomándose un tinto y haciendo que leía a Derrida mientras yo desocupaba la noche anterior en el baño del lugar. Me acuerdo mucho de que cuando salí ya era gente. Hasta me bajó una Coca-cola sin sentir arcadas. Mauricio refunfuñó que no había ido hasta allá sólo para tomarse dos tintos. Para eso me quedo en la casa, camine entramos a la Luís Ángel a ver qué hay, me dijo ardido.

Y pues aquí estoy. Reposando este guayabo en la exposición de un tal Francis Alÿs. Sentado en un cojín como de sala de espera pero sin nada que esperar. Protegido por la penumbra y la luz de un proyector. Sólo estamos Mauricio, un celador y yo. El video es un Volkswagen rojo que intenta llegar a la cima de una colina. Parece un barrio de esos llevados del putas que quedan por aquí. El carrito toma impulso sin muchas ganas y es más inercia que aceleración lo que lo deja a mitad de camino para luego deslizarse y terminar donde comenzó. Pero no es una vez, son muchas. ¡Son todas! Sí, últimamente así me siento yo.